

DESDE LOS POBRES SE COMPRENDE MEJOR LA REVELACIÓN DE DIOS

En solidaridad con Jon Sobrino y la Teología de la Liberación

1. Desde los pobres conocemos mejor al Dios revelado por Jesús de Nazaret

Desde los escritos del exegeta alemán Gehard von Rad sostenemos que **la historia** es el lugar en el que Dios revela el misterio de su persona. De ahí que la lectura de la Biblia a parte de ser cristológica, será también histórica, pues Dios se revela en la historia del pueblo que creyó y esperó en él. *Pero se trata de una historia real, atravesada por **conflictos** y **enfrentamientos**.*

Sin embargo no es suficiente con afirmar que Dios se manifiesta en la historia, sino también que la orienta en el sentido del establecimiento de la *“justicia y del derecho”*. A parte de ser un Dios providente, es un Dios que toma partido por el pobre y que lo libera de la esclavitud y de la opresión.

Si esta es la forma como Dios se revela a la humanidad: ¿cómo ha de ser la respuesta por parte de los seres humanos?

La respuesta, a la que llamamos **fe**, no será sólo teórica, sino que el conocer al Dios de Jesucristo es obrar la justicia. El verbo conocer en la Biblia significa amar. Ya en el Primer Testamento existe una estrecha relación entre Dios y el prójimo. Despreciar al prójimo, explotar al jornalero humilde y pobre, no pagar el salario a tiempo es ofender a Dios (cfr. Prov 14, 21; Dt 24, 14-15; Ex 22, 21-23).

“Quien se burla de un pobre, ultraja a su Hacedor” (Prov 17, 5).

Donde hay justicia y derecho hay encuentro de Dios, cuando esto falta éste está ausente (cfr. Jer 22, 13-16; Os 4, 1-2).

En ella se hallan irremediabilmente enlazadas las *dos dimensiones* permanentes de la fe: la contemplativa y la histórica, la mística y la política.

La *dimensión mística y contemplativa* apuntan al abandono y a la entrega a Dios, que en el lenguaje de la espiritualidad cristiana se **denomina** como **pobreza o infancia espiritual**. Es en definitiva la respuesta más auténticamente cristiana a la revelación del Dios de Jesucristo. Lo contrario a esto sería la *idolatría*, es decir el abandono en falsos dioses. El mayor problema en la Biblia no es el ateísmo, sino la idolatría. En esta línea afirmaba con agudeza un campesino boliviano en la *III Asamblea Episcopal celebrada en Puebla (México)* que “un ateo, es el que no practica la justicia para con el pobre”.

La **dimensión mística** apunta también al concepto de **gratuidad**, pues esta atraviesa toda la Biblia. Esto es lo que experimentó Job al final de su experiencia, que no son nuestros méritos lo que nos hace queridos ante Dios, sino que Él nos ama gratuitamente.

Sin embargo hay que matizar que la dimensión histórica y política (la acción) señala que



no se puede aislar las exigencias que conlleva la gratuidad. Si Dios se revela en la historia y la orienta estableciendo **la justicia y el derecho**, liberando a su pueblo de la esclavitud y de la opresión, la respuesta incondicional del hombre a Dios (**por la fe**) ha de ser también estableciendo el derecho y la justicia. Con el teólogo José María Ruiz diremos que *“Dios es gratuito, pero no superfluo”*. Y con el teólogo Gustavo Gutiérrez diremos que no hay nada más exigente que la gratuidad. **La fe entonces es esta apertura a las exigencias de la gratuidad, y no sólo una mera adhesión intelectual o teórica.**

De todo lo dicho llegamos a esta importante conclusión acerca de la teología de la revelación y de la fe:

“todo aquel que ha captado la gratuidad de Dios le llevará a un compromiso y solidaridad con los más pobres de nuestro mundo”.

En esta línea señala con acierto el teólogo Gustavo Gutiérrez que existen **dos lenguajes** en nuestro creer y hablar de Dios: uno el **contemplativo** y el otro el **profético**. El contemplativo que nos lleva a comprender y proclamar que la gratuidad está por encima de la justicia, y que todo viene de Dios (es lo que *experimentó* Job). Y el **lenguaje profético** que nos lleva a comprometernos con los más pobres y a no callar ante las injusticias. *“Sin la profecía, el lenguaje de la contemplación corre el peligro de no tener mordiente sobre una historia en la que Dios actúa y donde lo encontramos. Sin la*

dimensión mística, el lenguaje profético puede estrechar sus miras y debilitar la percepción de Aquel que todo lo hace nuevo”.

Para comprender a Jesús hay que acentuar aquello que fue **lo último** para él. Jesús no se presenta predicándose a sí mismo, pero ni siquiera tan sólo a Dios sino el **“reino de Dios”**. Así aparece en los sumarios programáticos de Mc y Mt al comienzo de su vida pública: “Marchó a Galilea y proclamaba la buena noticia de Dios: ‘*El*

tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca’ (Mc 1, 14s; Mt 14, 17).

A su vez los evangelios dan muestra de una relación de Jesús con Dios mencionando su *oración*. Toda su vida va acompañada de la oración a Dios Padre. En el bautismo, momento en que toma conciencia de su misión, Jesús es puesto en oración (Lc 3, 21); Jesús muere en la cruz con una oración (Lc 23, 46), diversamente interpretada como oración de angustia o de esperanza pero dirigiéndose una vez más a Dios. A lo largo de su vida se dice que Jesús se retiraba a orar, a veces en situaciones concretas importantes. Esto nos lleva a comprender la entrega incondicional de Jesús al proyecto del Padre. Esta entrega le llevó a su vez a *un proyecto* de vida que consistía en **vivir para los demás**. Con su vida demostró que para Dios, el ser humano es más importante que todas las cosas (Mt 6, 26). La persona es más decisiva que el culto (Lc 10, 30-37) y el sacrificio (Mt 5, 23); absolutamente superior al sábado (Mc 2, 23-26).

Debido a esta forma de actuar a favor de la vida, por su defensa en favor los pobres, y por su visión de Dios, entró pronto en conflicto con los detentadores de cualquier tipo de poder. Al final su forma de relacionarse con Dios, el proyecto del Reino y su estar a favor de la vida y de los pobres le costó la cruz. En este sentido Jesús muere porque lo matan, *porque Dios acepta hasta el final la encarna-*

ción como lugar del amor y de su credibilidad. Pero la dimensión profética llega a su mayor sentido en la resurrección del Hijo, que viene a significar que la última palabra de la historia es la vida.

Desde la vida de Jesús y de tantos otros mártires podemos afirmar **que la gratuidad de Dios exige un clima de eficacia.** Ya afirmaba el mártir Monseñor Romero: *“El mundo de los pobres nos enseña cómo ha de ser el amor cristiano que debe ser ciertamente gratuito pero debe buscar la eficacia histórica”.*

2. Desafíos para la Iglesia

El teólogo Jon Sobrino habla del principio-misericordia, que va más allá de cualquier sentimiento y compasión sentimental, que puede tener efectos negativos a la hora de comprometernos con eficacia a favor de los más pobres. El principio misericordia exige incluso atacar las estructuras que originan daños irreparables y que mantienen en la extrema pobreza a muchos seres humanos. La misericordia mal interpretada nos puede llevar a falsos paternalismos.

Si el principio misericordia es el principio fundamental de la actuación de Dios y de Jesús, también debe serlo de la Iglesia. La Iglesia debe comprender que por ser misericordioso –no por ser liberal- Jesús antepone la curación de la mano seca a la observancia del sábado. El principio misericordia apunta por una apuesta por el valor de la persona, y no tanto de las normas y leyes religiosas que acaban asfixiando el verdadero sentido de la religión.

Por eso Jesús cuando quiere definir quién es el ejemplo de hombre auténtico, cabal y verdadero pone como ejemplo al samaritano, porque ha sabido estar al lado del que sufre. El *“homo verus”* es el que obra a misericordia.

La Iglesia, si es fiel a Jesús y se deja inspirar por el principio-misericordia, ha de estar en un lugar muy preciso: allí donde se produce sufrimiento, allí donde están las víctimas, los empobrecidos, los maltratados por la vida o por la injusticia de los hombres, las mujeres golpeadas y atemorizadas por sus compañeros, los extranjeros sin papeles, lo que no encuentran sitio ni en la sociedad ni en el corazón de las personas. Por decirlo en una pala-

bra, ha de estar en la cuneta, junto a los heridos.

No cabe duda que todavía hoy es inmensa la actividad de los cristianos tanto en tierras de misión como entre nosotros, tanto en instituciones eclesiales como en organismos y plataformas de otra naturaleza. Ellos son el rostro compasivo de la Iglesia, lo mejor que tenemos los cristianos.

Pero no es suficiente. Hay que trabajar para que la Iglesia como tal esté configurada en su totalidad por el principio-misericordia. La Iglesia tendría que hacerse notar por ser el lugar donde se puede observar la reacción más libre, más audaz y más intensa ante el sufrimiento que hay en el mundo. *“La compasión es lo único que puede hacer a la Iglesia de hoy más humana y más creíble”.* En este mundo se aplauden o se toleran *“obras de misericordia”*, pero no se tolera a una Iglesia configurada por el principio-misericordia, el cual la lleve a denunciar a los salteadores, que producen víctimas, a desenmascarar la mentira con que cubren la opresión y animar a las víctimas a liberarse de ellas. En otras palabras: los salteadores del mundo antimisericordioso toleran que se curen heridas, pero no que se sane de verdad al herido ni que se luche para que éste no vuelva a caer en sus manos (Jon Sobrino).

Hay que distinguir entre obras de misericordia y principio misericordia. Regirse por el principio-misericordia le cuesta a la Iglesia persecuciones, ataques y amenazas.

¿Qué puede significar hoy en nuestra cultura una palabra magistral sobre el sexo, la homosexualidad, la familia, la mujer o los diferentes problemas de la vida, dicha sin compasión hacia los que sufren? ¿Para qué una teología académica, si no nos despierta de la indiferencia y no introduce en la Iglesia y en la cultura moderna más compasión? ¿Para qué insistir en la liturgia si el incienso y los cánticos nos impiden ver el sufrimiento y oír los gritos de los que sufren? La Iglesia será más creíble si actúa movida por la compasión hacia el ser humano, pues esto es precisamente lo que más se echa en falta en el mundo actual.

JUAN PABLO GARCÍA MAESTRO
Profesor del Instituto Superior de Pastoral
(UPSA -Madrid)